cérseles suaves, embargarían de tal manera su corazón, que no lo dejarían vagar por tantas frivolidades. Conviene, por esto, que, sin imponer los ejercicios cristianos en una medida exorbitante, si se les aficione á ellos suavemente, hasta que les tomen cariño: que si esto se consigue, puede decirse que se ha alcanzado el fin y apagádose en gran parte el ardor por todo lo que significa mundo. Mas esto, ¿cómo se obtiene? Mirad: en algunas familias la piedad es todo, mientras en otras es poco más que nada: en aquellas se toman en serio las festividades del año, se hacen las novenas en las principales fiestas de Jesús y de la Virgen: se escucha la divina palabra en los días de precepto; se frecuentan los sacramentos; se celebra el mes de Mayo, y se toman ejercicios espirituales, mientras que en otras familias, todas estas cosas son tachadas de exageraciones, de supersticiones ó cosa peor: bástales y hasta es demasiado para ellas, una misa rezada, y nada más, en los días festivos y un par de confesiones al año para ser cristianas, y todo por el estilo. Ved, empero, cuán diversos son los resultados; en aquellos hogares las niñas son piadosas, pacíficas, bien educadas y hacen esperar mucho bien de sí mismas; en estos otros, se comienza con una vanidad que, tal vez las hace hasta ridículas, se continúa con todo género de frivolidades y no raras veces se termina, cuando ya las vanidades no bastan, con verdaderos escándalos. Si el que lea estas líneas conoce un poco el mundo, sabe que digo la verdad; si no tiene de ello experiencia, ¡por piedad que no la adquiera á su propia costa!

CAPITULO XII.

DE LAS NOVELAS, PERIODICOS Y TEATROS.

I.—Peligros de que debe librarse á la juventud. — II. Libros perversos.— III. Lecturas de cuentos, comedias y poesías.—IV. Novelas.—V. Periódicos. — VI. Teatros.—VII. Amor al Teatro.— VIII. Yo voy al teatro sólo por la música.—IX. El teatro en cuaresma.

I

Indicados, brevemente, los medios propios para defender en particular la fe ó la moral, señalaré aquí algunos escollos que pueden ser funestos para una y otra á la vez, á fin de que vosotros, padres amorosos, podáis librar de ellos á vuestros hijos. El primero es la lectura de malos libros, entre los cuales deben ser enumerados, en primer lugar, los que la Santa Iglesia ha prohibido á los fieles. No es este el momento de recordar con qué autoridad lo hace Ella, con qué derecho, ni bajo qué penas tan formidables. Solamente podrá poner en duda semejante

autoridad el que tenga necesidad de que se le demuestre que incumbe á una madre nutrir á sus hijos, y que es un deber de los pastores conducir á sus ovejas á los pastos saludables. Con estos no se habla, sin embargo, porque no son católicos. Por lo demás, no tengáis absolutamente como buenas esas tontas razones, que á veces se alegan; **de que la prohibición se ha hecho sólo para los débiles; pero que quien con esas lecturas no resiente ningún daño, puede impunemente desoírla**, pues es falsísimo que los malos libros se hayan prohibido únicamente á los débiles, cuando la verdad es que lo han sido á todos los hijos de la Iglesia; en cuanto á lo de no resentir daño con ellos, dos cosas pueden asegurarse: primera, que nadie está tan expuesto á experimentarlo, como el que tiene la presunción de ser invulnerable á tal peligro, supuesto que la soberbia es el principio de las caídas, y segunda que, aun suponiendo que fuese cierto que alguno no recibiera daño, aun así, la sola desobediencia á la Iglesia y en materia tan grave como ésta, bastaría en todo caso para hacerlo caer en pecado mortal: motivo por el cual hay que tener mucho cuidado de que tales libros no lleguen nunca á manos de vuestros hijos y sería todavía un consejo más eficaz el tener enteramente libre de semejante plaga vuestra casa, pues los jóvenes buscan tanto, que al fin darían con ellos, por ocultos que se tuvieran.

Pero, en fin, si la condición de vuestros estudios y la facultad que por razón de ellos os asiste, os permiten tener algunos, guardadlos con tal cuidado, que absolutamente no peligren las almas inocentes. En esto deberían poner particular empeño aquellos padres que cultivan las letras humanas, la medicina y muchas partes de las ciencias naturales, ya que, muy á menudo, los libros que tratan de esos asuntos contienen noticias y curiosidades sumamente peligrosas para la edad juvenil. Uno de los más célebres incrédulos de nuestros días, sacó las primeras semillas de la impiedad, de los libros que su excelente padre, literato de fama esclarecida, había reunido en su biblioteca particular para refutarlos.

II

Mas, no sólo de los libros francamente malos debéis preservar á vuestra familia, sino también de aquellos que, sin llevar en la portada la marca de su reprobación, son, sin embargo en extremo perjudiciales. Os señalaré algunas clases especiales de estos libros, que suelen ser más dañosos. Vienen, en primer lugar, las historias, las cuales, según escribió sabiamente el conde de Maistre: "de tres siglos á esta parte, son una conjuración permanente contra la verdad y después de la muerte de aquel grande hombre, la Italia se ha visto inundada de una multitud de historias al lado de las que pueden parecer inocentes las de Maquiavelo, Guicciardini, Varchi, Botta y Colletta, de otros tiempos. En estas obras se ha desnaturalizado de tal modo la historia tan importante de la Iglesia, calumniado é infamado á los Pontífices

Romanos, se han exagerado tanto en servicio del liberalismo, aun los más insignificantes defectos de los gobernantes, mucho más de lo que la verdad permitía, se ha hecho la apología de todos los enemigos de Dios, se ha pintado al Clero y á las órdenes regulares, como los perpetuos enemigos de la sociedad civil, y todo esto con tanta perfidia, exponiendo los hechos al revés de la verdad y haciéndolos servir á sistemas preconcebidos, que el que no sabe la historia verdadera, no puede menos de ser profundamente engañado. Además, hay que tener en cuenta que los errores en que se imbuyen leyendo esas historias, tienen una fuerza portentosa para dominar el entendimiento, sobre todo si está virgen aún de las maldades del mundo y se arraigan en el alma, de la que quizá no saldrán ya jamás. Síguese de aquí: el desconfiar siempre de la Iglesia, el repugnar todos los principios de orden, el tomarse un secreto interés por los trastornos é intrigas políticos, hallarse predispuestos para cualesquiera otros errores. Poned, pues, un cuidado especialísimo en las historias que hayan de leer y, si es preciso, procuradles aquellas que, siendo verdaderas, producen efectos directamente contrarios.

Lo mismo acontece con la poesía, que si no es muy escogida, por el deleite particular que proporciona, puede ser en extremo perjudicial. Los poetas de nuestros días, salvas muy contadas excepciones, se han dejado llevar del espíritu que hoy domina la política, no escribiendo casi otra cosa que furibundas declamaciones en favor de la revolución: los más tienen por estro la rabia, por Musas á

las Eumenides, por canto el rugido, pero no el del león generoso, sino el de la hiena. ¿Qué queréis que la juventud aprenda con tales maestros? A hacer política con la leche todavía en los labios, á inflamarse en pasiones y cólera en contra de quien ni conocen y sin saber el motivo, y finalmente, á engrosar en su tiempo las filas de los enemigos de Dios y de la sociedad. ¿Deberé decir aquí una palabra siquiera de aquellos poetas que se declaran discípulos de la escuela realista? Hela aquí; si las obras de estos últimos llegasen alguna vez á caer en manos de vuestros hijos, podéis estar ciertos de que están perdidos irremisiblemente, porque esos malvados han sabido formar una poesía que no es tal poesía, sino la quinta esencia de la voluptuosidad y de la impiedad á la vez. Todo lo que es capaz de inventar una imaginación desenfrenada, cuanto puede inficionar un corazón corrompido con las peores fealdades, ofensivas á la naturaleza humana; cuanto una inteligencia, en complicidad con el corazón, puede concebir contra Dios, contra Jesucristo, contra la Religión, contra el pudor, todo lo han juntado y derramado en una prosa fantástica que llaman versos, sirviéndolo todo en esa forma á los lectores, sin que sea menester que yo puntualice todo el daño que esto deba producirles. Yo espero que esta sucia y bestial literatura no pasará á la posteridad, puesto que, aun desde el punto de vista del arte, es menos que nula; pero entretanto, y, ya que hoy está de moda, vigilad á fin de que no vaya á incendiar vuestros hogares.

Una palabra, para concluir, creo de mi deber deciros también acerca de los libros de comedias, que tanto agradan á la juventud y tened presente que hay muchas, principalmente entre las más modernas, que son un tegido de infamias, así por la inmoralidad del fin que se proponen, como por el alejamiento de los principios de virtud natural y divina que provocan. Cuando no son pésimas, son siempre peligrosas, y es un hecho que, aun entre las más inofensivas, ninguna encontraréis que no sea, del principio al fin, un enredo de amor. Intrigas, engaños y cábalas; astucias, sensualismo: he aquí su perpetuo argumento. Por esto en ellas, los jóvenes y las niñas se adiestran en todas aquellas artes propias para seducir un corazón; se aprende el modo de conducir las tramas, el lenguaje que ha de adoptarse, las personas á quienes se debe poner en movimiento, los engaños que dan resultado y así, sin necesidad de andar en el mundo, con una escuela doméstica como ésta, se aprenden sus iniquidades. Haced que la ocasión de ponerlas en práctica se presente y veréis qué discípulos salen tan buenos y tan aprovechados. Muchos otros libros hay sobre los cuales convendría decir alguna palabra; pero con lo que llevamos expuesto acerca de éstos, podréis encontrar la norma para los demás; sólo añadiré algunas observaciones sobre un peligro de otro género.

III

Si los libros ya indicados pueden ser y de hecho son tan perjudiciales para las

almas, las novelas, son, por regla general, los más mortíferos de todos, porque asaltan al mismo tiempo la fe y las buenas costumbres, y de modo tan seductor, que la juventud ni sabe ni puede absolutamente librarse de ellas. En realidad, ¿que son las novelas de nuestros días? Con excepción de unas cuantas, que se han escrito precisamente para oponerse á las malas, las novelas en general tienden intencionalmente á desterrar del corazón humano todo sentimiento de religión y todo principio de buena educacion. No parece sino que los autores se han repartido entre sí la tarea para lograr mejor éxito; unos se ocupan á propósito en atacar la religión; otros en dar una bella apariencia á ese aborto del culto que se llama protestantismo; quién se dedica á censurar las prácticas exteriores de la Iglesia Católica, quién á vilipendiar al sacerdocio, quién á combatir los dogmas más importantes, para convertirnos en deístas, en ateos, en lo que queráis, menos en católicos. En cuanto á las costumbres, todo conspira al establecimiento del reinado de los sentidos sobre la tierra. Una imaginación, profundamente corrompida, no mira con amor sino imágenes turbias y asquerosas; bajo el nombre de amores, de correspondencia, de genialidad, se trata siempre de pinturas que despiertan las más violentas pasiones, que las atizan é inflaman. Os presentan por delante, como un héroe, á un salteador de caminos, que gotea de sus manos parricidas la sangre de los inocentes: os dan como un ángel á una malvada que, por una pasión infame, llega hasta profanar el sacramen-

to del matrimonio: califican de mártir á un bribón que fué aprehendido en un lazo, cuando habría merecido cien por sus delitos. Viene luego un enredo que, después de habernos helado la sangre por lo espantoso, concluye con una blasfemia que va dirigida hasta el trono de Dios para negar su Providencia, y además la narración de mil aventuras vergonzosísimas á la sombra del Claustro y patrocinadas por la Religión. Ya se hace aquí la apología del que muere desesperado, ya la defensa de quien, frenético, blasfema, ó bien se presenta una excusa de la infidelidad y del suicidio. Pero lo que, sobre todas las cosas domina, es el rugido de la carne, ávida de placeres y de voluptuosidad que jamás dice: basta.

Hasta ciertos ministros protestantes, en sus asambleas, se vieron obligados á decir: "No nos admiremos de que por todas partes reine la iniquidad, mientras tengamos delante de los ojos más de un centenar de novelas francesas que, quitadas unas cuantas se ocupan todas en describir amores prohibidos, amores adúlteros é incentuosos y que, después de haber despreciado grandemente todas las virtudes y ensalzado todos los vicios, acaban con el asesinato ó con el suicidio." Pues todo esto es lo que se lee en esa sarta de novelas que nos vienen de París, de Milán y de otros varios lugares. (1) ¿Será si-

(1) Entre nosotros, además de las pésimas traducciones de novelas francesas, tenemos por desgracia un número incalculable de novelas originales españolas, cuyo solos títulos son un ataque á la moral

quiera posible, que con tales obras en la mano, puedan conservar incólume la fe, puras las máximas y sanas las costumbrs, jóvenes que tienen las pasiones encendidas y ardiente el corazón? Lo que acontecerá de cierto es que, ó caerán en locuras de furiosos, perdiendo la fe, ó si no llegan á ese grado, permanecerán siempre debilitados en el bien y muy imperfectos en las virtudes. No otro origen tienen, á menudo, esas rarezas de ideas y de conducta, que se observan en muchas cabezas extraviadas de jóvenes y hasta de doncellas que, ó se abandonan á los peligros de las liviandades amorosas, haciéndose la fábula de toda la ciudad, ó se arrojan en el torbellino de la incredulidad, llevando la desolación á las familias cristianas, sumergiéndose en la lobreguez y tristeza de la desesperación y terminando su vida en los duelos, ó por medio del suicidio. Cuando la enfermedad ha llegado á este último extremo, los padres son los primeros en conocerla y deplorarla; pero mejor habría sido que, cuando era tiempo, hubiesen procurado el remedio para impedirla, tanto más cuanto que el remedio contra las malas lecturas no es de tan difícil aplicación, como algunos se imaginan. En primer lugar, no dejéis á la mano libros que no sean muy seguros, y si no tenéis conocimientos especiales para calificarlos, no os fieis buenamente de la aprobación de un amigo ó de un presumido cualquiera, que se vende por litera-

y aún á la simple decencia, sobre todo por los escandalosos grabados que ostentan en sus portadas, con el mayor cinismo.—(N. del T.)

to, sino que debéis buscar personas de sabiduría y rectitud. (1) Después de esto, no permitáis que se preste con tanta facilidad á vuestros hijos toda clase de libros. La juventud encuentra muy agradable que se le presten estos servicios; pero vosotros, resueltamente, no los aceptéis; los niños, en los primeros años, tienen necesidad, más que de otra cosa, de libros que les sirvan para sus estudios; las niñas tienen que aprender principalmente las labores propias de su sexo y por esto unos cuantos libros bien escogidos bastan para aquella edad. Alguien nos dirá que este consejo es propio de beatos, de retrógados, enemigos de la luz, siendo así que hoy deben los hijos, desde que nacen, aprender todas las ciencias; pero allá se lo hayan, que en cuanto á vosotros, si en virtud de tantas precauciones no disfrutáreis, en los años ulteriores, el dulce espectáculo de una niña ociosa, ocupada todo el día en derramar lágrimas sobre las aventuras de las Eloísas y Corinas, tendréis en compensación la ventaja de que sabrá llorar mejor sus pecados y, lo que es más todavía, que sabrá cuidarse de no cometerlos.

Santa Teresa se lamentaba muy seriamente de que su madre, señora, por lo demás, de mucha piedad, le hubiese dado ocasiones y ejemplo de vanas lecturas, de novelas de caballerías, como eran las que entonces estaban en boga y asegura: que su alma experimentó por ellas no leve daño; y sin embargo, ¿quién podrá comparar aquellos libros con algunas de nuestras novelas?

(1) Todo el que conozca algo nuestra sociedad, sabe cuánto se infringe la prudentísima regla de conducta dada por el autor, á causa de la ligereza inconcebible con que se falla en las tertulias, y por personas, á todas luces incompetentes, acerca de la licitud ó ilicitud de todo género de lecturas. (N. del T.)

IV

Una literatura exclusivamente suya tiene nuestra época, con la cual todo padre de familia debe tener gran cuidado, y es el periodismo. Para escribir las hojas públicas, hay buenos y malos; pero son más los malos que los buenos, porque, permitiendo el modo de ser de los actuales gobiernos, la variedad de los partidos que se disputan la autoridad pública y con ésta las ventajas de los altos puestos, como quiera que hay muchos ambiciosos, son muchos también los que se valen de la prensa, arma cuya grande eficacia para conseguir la preeminencia, es ya reconocida. Además, los que han implantado este género de gobiernos y quieren explotarlos, son miembros de las sociedades, de hoy más, ya no secretas, que han jurado en sus antros tenebrosos la destrucción simultánea de los tronos y de los altares, lo cual explica ese doble intento que se observa en casi todo el periodismo en Europa, de derribar al partido que está en el gobierno para ocupar su lugar, y, además de atacar al catolicismo, impugnándolo en sí mismo y en todo lo que con él se relaciona. Sabido es que encubren estos designios con las fórmulas especiosas de libertad, de progreso y de

bien público, para no asustar á los pueblos que todavía creen en Dios y son fieles á la Iglesia; pero la intención no es otra, como consta de sus propias confesiones: lo que debe bastar para abriros los ojos y haceros muy solícitos, á fin de alejar semejante peste de vuestro hogar.

Añádase á esto, que los periódicos son singularmente eficaces para pervertir á los hombres. **Una gota perfora la peña,** dice el proverbio, y dice la verdad; pues el periódico, por ser diario, es propiamente la gota que perfora la roca, ya que él, un día tras otro, remacha, ora una máxima engañosa, ora un principio falso y presentándolo, ya con un traje, ya con otro, lo insinúa, lo defiende, y por medio de sofismas lo hace aceptable.

Y prácticamente se ve que todo el mundo da siempre como razón lo que dice su periódico, formándose de esta manera en Francia, en Alemania y aún en nuestra Italia, esas masas de obreros, de labradores, de jóvenes estudiantes que, saturados de impiedad, anhelan la destrucción á sangre y fuego de las sociedades constituídas: así es como se forman entre nosotros esos cristianos tibios, esas señoras mundanas que, si bien son todavía cristianas, tienen la cabeza tan llena de preocupaciones contra la fe, que es una lástima, y practican la religión con tanta frialdad, que será un verdadero milagro que con ella se salven.

No conociendo íntimamente la verdad religiosa, se hallan desarmados en presencia de todas las falaces doctrinas que se les inculcan por medio de los periódicos. ¿Qué harán por consiguiente? Recibir, como oro de veinticinco quilates, todo cuanto se les propone, arruinando por completo su espíritu y su corazón.

Diréis que un diario es indispensable en esta época, en la que se ha generalizado tanto el ansia de saber lo que pasa en el momento presente, y yo os responderé: que respecto de niños y niñas, que tienen que atender á sus estudios, no es preciso satisfacerla, si esa curiosidad no es muy excitada con las conversaciones. Si son de más edad y no es posible absolutamente que permanezcan en ayunas de lo que pasa, no faltan, á Dios gracias, periódicos que no son perjudiciales y hasta hay algunos que pueden ser provechosos, á los cuales conviene subscribirse: con lo que se sacará también la ventaja de proteger la buena prensa; pero éstos, se dice, son inferiores á los malos. Y aunque lo fuesen ¿qué importa? Son mejores por su espíritu y esto basta. Por otra parte, ¿es verdad que aquéllos sean mejores?, por lo común, aun literariamente, los diarios católicos son superiores. Cierto es que no tienen el picante sabor de los sucesos escandalosos, de las gacetillas inmorales que se registran en los periódicos malos; pero en cuanto á verdad, exposición y sobre todo razonamiento, les llevan mucha ventaja. Fuera de que, ¿son acaso vuestros hijos Ministros de Estado, que no deban ignorar nada de lo que sucede, ó comerciantes, ó banqueros que tengan que ser informados, hora por hora, del estado de los fondos públicos? ¡Ah! perdónenme los padres una sospecha á que yo he dado entrada respecto de algunos de ellos. Yo me temo que algo participen de las ideas